

JAY SANDOVAL

POSTER BOY

**CROSS
BOOKS**

© 2026, Jay Sandoval

Diseño de interiores: Baya de oro

Imagen p. 284: Cheschhh | iStock

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.

Avenida Presidente Masaryk núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: octubre de 2026

ISBN: 978-607-39-5115-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

~~El nacimiento~~
~~Autorretrato~~

I: Jonathan

I

Títeres. Me aterran los títeres. Sí, que se vayan a la mierda.
—Mantente ambiguo. Coordinamos prensa extranjera para que esté en la entrada del estudio, pero ya sabes cómo son los corresponsales de BCC. De todas formas, no se les responde nada a ellos hasta después de la primera semana en exhibición del capítulo final de temporada. Estamos para acompañarte, Benny. Nuestro contacto de HolaVisión recibió ayer el cuestionario autorizado para dirigir la atención a la serie, así que no tienes que preocuparte.

Los peatones y los ciclistas nos adelantaban. El auto estaba detenido, atrapado en una fila interminable de luces rojas y cláxones propios de la hora pico en el centro de Valentine. El canal estaba a quince minutos del estudio y no nos movíamos desde hacía cuarenta. A pesar de eso, el único agobiado era yo; mis acompañantes permanecían serenos repasando el cronograma porque, según ellos, hasta la dilatación de afluencia vehicular de este lado de la ciudad estaba contemplada en la agenda del día.

Con tanto tiempo libre, había comenzado a enlistar mentalmente aquellos temores de la infancia que ahora encontraba ridículos. Era algo que hacía —por recomendación de un amigo— para distraerme cada que estaba a punto de hablar en público. Pero mi temor a los títeres me conflictuó porque... esas cosas del demonio aún me inspiraban tantísima desconfianza.

—¿Vas a estar molesta toda la noche? —preguntó Becker.

—No. ¿Por qué debería? —respondió Pixie.

—Por nada, a veces olvido que eres una gran actriz. Casi me convences de que eres una esposa furiosa aun cuando sé que por dentro estás rebosante de alegría.

Las discusiones también solían aterrarme, ahora solo me incomodan. Más si se trata de temas personales en momentos de trabajo, como era mala costumbre de Becker Flores, mi mentor, y su esposa, Pixie Dixie. Como siempre estaba con él, me tocaba quedarme en medio de la batalla marital, rogando que una bala verbal no fuera a alcanzarme a mí.

A ellos, desde que fueron captados peleando enérgicamente, los rodeaban titulares del tipo «¿La *manic pixie dream girl* de Becker Flores resultó más *manic* que *dream*?», entre otros que me parecían muy poco creativos para encabezar notas sobre la infidelidad entre figuras públicas, en especial, considerando que durante años fueron una pareja muy popular. Cuando esas relaciones terminan, siempre hay mucha tela que cortar, si no, pregúntenle a Tim Burton y a Helena Bonham Carter —quienes, por cierto, y sin intenciones de darles la impresión de ser chismoso, recién descubrí que dejaron de invitar a mi mentor a su casa porque era raro y los hacía sentir observados. Pero ¿a quién le importa el ingenio del encabezado? Si todas las notas tienen el mismo contenido y aparecen una tras otra, cada cinco minutos hasta saturar al espectador que pronto salta a la caza de la siguiente novedad.

Lo suyo era noticia vieja. Aun así, a medida que pasaban los días, la noticia del momento, con mi nombre en ella, se apoderaba de cada rincón de la ciudad.

Desde que comencé a actuar, Benny Angel se convirtió en mi nombre oficial. Al inicio no me encantaba, me hacía gracia imaginarme trabajando en servicio al cliente y diciendo «te atendió Benny Angel» porque me parecía un apodo absurdo en lo cotidiano. Mientras que, apenas lo vi en la pantalla, sentí que ese era su lugar y ese mi nombre. Qué gran nombre el mío.

El primer proyecto en el que trabajé fue la serie juvenil *Poster Boy*, en la que encarnaba a la más grande fantasía del protagonista.

Cuarenta y tres minutos.

No. No. Me aterran los títeres en todas sus formas: los de papel con hilo; los de sombras, calcetín o guante; los bocones con sus rostros inertes e inexpressivos que cierran y abren sus bocas sin control para simular que hablan. Horrendos. El patrón de movimiento no coincide en nada con sus voces.

Ahora que lo pienso, con mi entonces recién adquirida imagen pública, les tenía un poco de envidia a los títeres. Qué molesto es ser reconocible. Malditos títeres suertudos, nunca temen decir algo inapropiado que pueda ponerlos en situaciones comprometedoras, simplemente no pueden.

Si yo fuera de fieltro, podría evitar pensar en el brillo de mi piel o si mi ropa es lo suficientemente Benny Angel para mí. Pero antes de comenzar a quejarme de mi imagen pública, es importante señalar algo básico sobre la comunicación: el emisor habla, el receptor escucha, el mensaje es lo que se dice y el canal es a través de qué se dice. En muchos casos, como en el mío, el canal también es parte del mensaje. He tenido que aprender a la mala que ningún mensaje es neutral ni completamente controlable. Por desgracia, las cosas hablan por sí solas y, más terrorífico aún, la gente entiende lo que quiere.

Así que esta es una historia de terror.

Antes de mi salto al estrellato creí que el equipo de relaciones públicas me haría algún tipo de observación sobre mi dicción u oratoria. En su lugar hicieron un meticuloso escaneo de mi imagen. Me llamaron a la sección administrativa del estudio, donde encontré a veinte publicistas que lanzaban conceptos a un dúo de estilistas mientras organizaban un tablero con varias fotografías de mí en distintos ángulos.

Al entrar, un estilista puso una cartilla de color junto a mi cabeza para comparar el tono de mi tinte de cabello y luego la pinchó en el tablero en una paleta de colores que quedó titulada

«Pink Sweet Grunge», cuyos rasgos inamovibles eran el cabello rosa pastel medio deslavado que adopté para mi personaje en la serie, la ropa oscura desgastada y aplicaciones metálicas.

Los publicistas me miraron y luego de descartar ideas de mí como Benny Angel, un *bad boy*, y Benny Angel, un hombre sensible de alma rota, concluyeron que, dada mi tendencia a equivocarme y mi poco manejo de la etiqueta, lo mío era ser Benny Angel, un chico como tú. Era la versión ultraestilizada del joven de estilo alternativo, obsesionado con las formas de las estrellas, que te encuentras a media universidad y parece salido de una revista. Pero, ojo, que así se había levantado esa mañana. Quedó establecido que mi estrategia de imagen sería aparentar que, de hecho, no tenía una estrategia, que todo sobre mí era orgánico y genuino. Solo un veinteañero suertudo que dejó su trabajo aburrido para seguir su sueño de convertirse en actor.

Me parecía excesivo plantearlo así, la verdad solo me seleccionaron para el *remake* porque físicamente me parezco mucho al actor original, pero nada de eso era un problema para mí hasta que la gira promocional del proyecto inició. Y empiezo desde acá no porque la propia grabación de la serie no sea relevante, sino porque nunca me planteé qué haría al terminar con ella. Tras una semana de exhibición, mi mentor ya había apilado frente a mí un montón de libretos nuevos para escoger otro proyecto.

El primer episodio se había lanzado en plena víspera de Año Nuevo y durante el estreno del capítulo final de otra serie famosa que llevaba años en emisión. Nosotros no tuvimos ni la mitad de la publicidad que tuvo la competencia directa. Eso me pareció un autogol. Entre estadísticas, críticas y presupuesto, estaba seguro de que sería un humillante fracaso para la producción, como decenas de otras series de su clase, y que podría librarme de la mitad de mi agenda de prensa, pero olvidé algo fundamental: el público es quien decide sobre el éxito.

¿Quién diría que la historia de un inadaptado social, enamorado de la imagen de un tipo de espalda pecosa bañado en sudor,

llamaría más la atención que el emotivo final de la otra serie? Y tal cual, así como el eslogan de mi serie decía «Persigue tus sueños (húmedos)», el público objetivo había quedado fascinado con el primer episodio que, apenas en los primeros minutos, mostró en pantalla completa una valla publicitaria gigante de mí, posando sin camisa.

Al día siguiente del estreno, producción instaló en el centro de la ciudad la réplica de esa misma valla. No había pasado ni media hora cuando ya había grupos de chicas con uniforme de secundaria haciendo fila para tomarse fotos desde el otro lado de la calle, fingiendo rezarle a mi póster, como lo hace el protagonista en la serie. Pero ¿hasta dónde podría proyectar ser un chico normal si había tantas personas llamándome «delicioso» y «fantasía» en público? Me parecía contradictorio.

Hasta el momento me las había estado apañando bien con las entrevistas grabadas, pero si el cronograma se cumplía según lo estimado, tendría mi primera entrevista en vivo en media hora y ya me había quedado sin temores superados para enlistar.

Uhm. Los títeres.

Una vez, fui a la fiesta de cumpleaños de algún niño del salón de mi prima. Yo no sabía quién era, pero la invitación venía marcada para dos niños, así que me enviaron con ella para no despreciar la gentileza que había tenido la madre de su amigo al invitarnos a ambos. La atracción principal de la fiesta era un espectáculo de títeres en un teatrino montado en el jardín de la casa.

Al llegar, mi prima se unió al resto de sus amigos para celebrar al cumpleañosero.

«¡Disfruta el show, Ben!», me dijo antes de dejarme sentado en el pasto, al frente de todos, donde pudiera presenciar el acto que recién comenzaba, pero del que parecía rehén. Me contuve de llorar solo por temor a que no fueran a darme pastel si hacía una escena. El títere gritaba con la boca cerrada. Hacía bromas que, aunque divertían al resto de los asistentes, yo apenas alcanzaba a comprender. Puede que fuera muy pequeño para verles la gracia

o que desde entonces fuera ya el alma de la fiesta, un pequeño niño insípido de humor simplón y literal, pero no podía entenderlas si sus rostros no mostraban ninguna expresión. Aun con las personas, me costaba trabajo diferenciar si alguien solo bromeaba o si estaba siendo cruel conmigo. Qué decir de los títeres, no les encontraba sentido alguno al igual que a los mimos, los payasos, los comediantes, los magos, los actores de improvisación y cualquier sujeto que quisiera hacerme reír.

Peor aún, estaba tan cerca que podía ver los pies del titiritero detrás de las cortinillas del teatrino. Vi sus zapatos; eso me permitió reconocerlo luego de que mi tía llegara por nosotros al terminar, cuando lo vi a un par de calles de la fiesta, llorando mientras hablaba en una cabina de teléfono público.

«¿Saben dónde está el amor?», se preguntaban los títeres de su acto entre ellos y luego gritaban al unísono: «¡En los dientes!». Claro, eso hacía que todos los que veíamos sonriéramos al intentar entender la respuesta. Pero él, con la cabeza metida en la pequeña cabina de teléfono, mostraba los dientes entre jadeos. ¿Eso también era amor? Me lo pregunté algún tiempo después, cuando ese recuerdo comenzó a tomar sentido en mi cabeza.

El público ama el amor. ¿Las películas de guerra? Patriotismo. ¿Las de drama romántico? Ternura. Hay amor en la aventura, en lo filial. Amor. Amor. Ridículo amor que me ahoga y me derrite. Todo es sobre el amor como sentimiento, pero poco como acción. El espectador ama las excusas para suspirar. También lo hago.

Entiendo que hayan disfrutado tanto de ver a un tipo tonto contemplar con añoranza a otro que es incapaz de verlo de vuelta. El amor unilateral es más común que ese loco amor incondicional que suelen ver en otras producciones. Es decir, el amor moderno se asocia con ser elegido, con ser una prioridad que raye en lo santificado. Pero, como es más común ser el adorador que el ídolo, ver a un hombre de ensueño como Akai Harper —mi coestrella, quien interpreta a Johny, protagonista de la serie— derretirse por un chico normal como yo, es sumamente provocativo.

Su personaje adora al mío. Y tras un par de estudios de marca, pareciera que Akai también me adora a mí. O eso pretende proyectar.

El capítulo de estreno duró cincuenta minutos; Akai y yo compartimos el mismo cuadro alrededor de cinco minutos en total. Solo eso bastó para que el público diera el veredicto: «Ustedes son el uno para el otro».

Panda, el director de relaciones públicas, quedó encantado al saberlo. Luego dijo algo como: «Chicos siendo vulnerables y confidentes entre ellos, es excelente. Es la dupla perfecta entre el guapo y el lindo para formar una pareja adictiva». Y para la primera entrevista en vivo, no me dijeron una mierda sobre cómo o qué era apropiado responder sobre la serie. En cambio, fueron tan específicos sobre cómo comportarme en público al estar cerca de Akai que, en resumidas cuentas, si fuera una historia de internet traería las etiquetas «proximidad forzada», «amor instantáneo» y «Benny vomitará si no logra acostumbrarse pronto a ser visto como un producto».

Sé que no es un concepto aislado, que es común que a los protagonistas de series, películas o miembros de bandas se les pida mantener cierta actitud entre ellos. Pero considero que hubiera sido más fácil construir nuestra idea de cercanía desde la realidad. Exhibir el rechazo de Akai hacia mí, pintar que tal aversión empezó cuando me atropelló con uno de los carros del estudio —de esos que parecen carritos de golf y se usan para transportarse de un set a otro— y que, desde entonces, fuimos una molestia para el otro.

La gente lo amaría. Convierte al «amor a primera vista», que es menos probable, en un «rival a amantes» que puede sucederle a cualquiera en cualquier empleo. Además, es una dinámica muy popular. El nuestro pudo proyectarse como un encuentro arrollador con tan solo contar que, la primera vez que lo vi, estuve a punto de atragantarse con una paleta de dulce en forma de corazón cuando el impacto lo obligó a frenar.

Sus lentes de sol volaron por los aires.

Su rostro al descubierto exhibió más que solo una mirada de impresión; era la mirada de un muchacho que pasa de la vergüenza al pánico en el instante en que nota que es observado por el montón de gente bulliciosa, cuya opinión en realidad no le importa, pero que se mantiene a la expectativa de averiguar qué ha pasado, «¿en qué se ha equivocado el idiota ese?».

Encuentro tanta familiaridad en esa clase de terror que podría reconocerlo en los ojos de cualquiera. Lo vi en los suyos, muy atentos a los guardias de seguridad, quienes le agradecían por ahorrarles el trabajo de taclearme, y a mí en el suelo mientras me esposaban, a punto de descubrir cuán literal puede ser eso de recibir un golpe de suerte.

Apuesto a que su primera impresión de mí, buena o mala, está cargada de alivio por no haberme matado o dejado secuelas graves. Una mejilla raspada y un severo dolor de espalda. Eso es todo. Mi ego se rompió, pero mi corazón estaba intacto. Y lo más importante: su reputación no se vio afectada. La temporada de premios recién había terminado y se hablaba mucho de que a lo mejor a la próxima sí ganaría algo.

De cualquier forma, encuentro mucho más coherente encaminar un suceso como el atropello a la idea de aquella química que todos señalan entre nosotros, la cual necesito saber cómo proyectar, pero que no sé ni dónde guardo dentro de mí.

Cuando se trata de apariencia e interacciones sociales, las cosas absurdamente lógicas para los demás son confusas para mí. A veces sospecho que no sé ser humano. De niño creía que se le entregaba a todo el mundo un manual sobre cómo comportarse y que el mío se había perdido; como nunca llegó, empecé a imitar a la gente y a pretender que todo lo que les dolía o interesaba también me conmovía. Si eso cuenta como experiencia actoral, enhorabuena. Por lo demás, llegué al set sin saber nada sobre técnica.

Mientras que Akai, siendo hijo de un exproductor famoso, había participado en tantas películas y series que su carrera como

extra era titánicamente más larga que la del actor promedio. Los medios lo adoraban por ser bien parecido y por siempre dar de qué hablar con aquella sagacidad para responder a la prensa que pocos poseen.

Al igual que a los medios, él me gustaba como concepto. Pero su capacidad para lucir enamorado de mí fuera de cámara comenzaba a molestarme porque, aun de adulto, me sigue resultando difícil interpretar si las expresiones furtivas significan algo más de lo que aparentan. Las pequeñas sonrisas, las miradas rápidas... No sé si también las hago, como me cuesta trabajo mantener contacto visual con las personas, a menudo termino mirando sus labios. Eso me ha metido en problemas varias veces, porque, aunque sé que puede ser señal de deseo por la otra persona, no lo hago de forma consciente y calculada, como él lo hace conmigo.

Puedo estar completamente ajeno a la situación mientras el mundo que me ve, sin yo saberlo, etiqueta mis expresiones desde lo vil hasta lo dulce. Pero eso resulta algo positivo para mi estrategia de imagen, como si la torpeza incluyera garantía de genuino.

—No hablemos de eso ahora.

—Ahora. ¡Ahora!

—Hablaremos cuando acabe el revuelo por el estreno.

—Porque claro, entonces todos hablarán del gran director que eres en lugar de decir que eres un esposo de mierda.

—Sí. Seguro. Así funciona.

—No puedo creer que seas tan cínico.

—Deja de hacer las cosas más difíciles. Empezamos a liberar varias escenas de los chicos besándose desde la cuenta oficial de la serie. Ya con eso dejaron de hablar de tu asunto por varias horas. ¿Qué más quieres que haga? Respira, que para el final de temporada quedará enterrado.

—¡Estamos en una crisis de imagen, Beck!

—Y estás histérica en lugar de ser útil. Qué novedad.

—Mira quién habla de histéricas.

—Discute frente a todo el mundo entonces. Espera diez minutos más y podrás gritarme frente a la prensa para que puedan grabarte y subirte a Tamsan. Es más, lánzate del auto en movimiento y dales una nota más emocionante.

—Eres un idiota.

—Benny —me llamó el panda Seis—, no olvides posar a la derecha de Akai para que pueda voltear a verte con su perfil favorito de la cara. ¿Benny?

Cuando digo que todo comunica algo no exagero. Por ejemplo, Panda es el jefe de publicidad, sí, pero no conozco su nombre. Es el panda en jefe y el resto del equipo de relaciones públicas son panda Dos, panda Tres... y así hasta el infinito. Son amables pero de un modo inquietante y van uniformados con traje negro, camisa blanca y lentes oscuros. Esa clase de identidad me dice que todo es interno. Y remarca: «somos uno mismo». Si le haces una pregunta al panda Dos, te dará la misma respuesta —con el mismo tono de voz y expresión— que el panda Veintisiete. Esa unidad de extrema organización es un mensaje en sí mismo.

Envidia a esos desgraciados. Su imagen dice «lo tenemos controlado», mientras que la mía, con ese tinte y la ropa ajustada pero convenientemente suelta, decía «mírame, sé que me deseas, soy delicioso... cómeme antes de que me derrita», como si fuera un algodón de azúcar.

Las ranas.

No, esas solo me dan asco. No miedo.

Miraba por la ventana del auto y fingía no escuchar la pelea de Becker y Pixie, acto que llamó la atención de ambos. Admito que les temía un poco a todos los que estaban ahí porque algo en ellos me parecía antinatural. Encontraba poco humanas sus poses tan perfectas y palabras precisas. Pero no era algo específico de ellos; cualquier persona fuera de cámara que se comportara como si estuviera frente a una me daba esa sensación.

Si levantaba la cabeza, los tendría cara a cara, sentados frente a mí en la fila del fondo del auto, viéndome con ojos inertes como

dos muñecos de cera esculpidos con gran detalle para adornar el pastel de bodas más lujoso del mundo.

—Te noto distraído, Ángel —apuntó Becker.

—No, no. Solo estoy guardando energías para la prensa y eso.

—Descuida. Ya sabes cómo es, no te preguntarán nada importante. Es una sección de preguntas para conocerlos un poco mejor. Ríe, bromea un poco y mantén la tensión con Akai. Eso les gusta mucho. Pequeños toques; sonrisitas —aconsejó con tranquilidad y volteó hacia el panda junto a él— ¿Akai ya está en el canal?

—Sí. Su transporte está en el punto desde hace cuatro minutos.

—Súper.

Apenas llegamos, la estampida de reporteros saltó al auto a la expectativa de los pasajeros. Como siempre, bajó primero el equipo de seguridad, seguido de relaciones públicas para abrir paso. Mi usual panda niño, el Seis, se quedó conmigo dando paso a que Becker y Pixie bajaran del auto y pronto el revuelo del exterior se llenó de preguntas al aire para ellos, como: «¡Señor Flores!, ¿usted y su esposa están en una relación abierta de la que solo ella estaba enterada?», o «¡Pixie!, ¿tienes algo que decirle al internet que te calificó de “colegiala ilusa” y “poco profesional”?».

—Sale Akai. Entra Angel —anunció el panda Tres por radio antes de voltear a mí—: Vas.

Puse un pie en el pavimento y las luces que perseguían a mis mentores se fueron todas sobre mí. A medida que avanzaba, las preguntas se volvían menos invasivas al estudio que me representaba; en corto, fueron sobre mi ropa, mi sonrisa o el acento que mi personaje tenía según el libreto original, pero que los diálogos podrían haberme dado conflictos para interpretar.

Algún medio que transmitía en vivo me anunciaba como «El simpático Benny Angel en el inicio de la gira de prensa de su primer proyecto, que, tras un solo episodio, lo ha catapultado a la fama como uno de los rostros más prometedores de la década».

Con un par de pasos más, mi camino se cruzó con el de Akai, avanzando hacia mí igual de asediado por las luces, pero

acostumbrado a ser bañado por ellas desde niño, regodeándose y saludando con gran naturalidad.

Me puso la mano en el hombro. Con un toque leve, se aseguró de dejarme una pequeña caricia que fuera vistosa pero lo suficientemente discreta para ser verosímil. Eso mantenía la idea de que, entre nosotros, había una química tan grande que traspasaba cualquier pantalla y terminaba por derramarse fuera de nuestro control ante los ojos de todos, cuando lo cierto era que conocía muy poco sobre él.

Habíamos grabado un beso sin haber tenido siquiera una conversación decente. Para cuando comenzó a lamerme, al menos ya me había contado que odiaba el clima en esa temporada del año. Siendo justos, conocía bastante mejor su sabor que lo que pasaba por su mente. Tampoco quería saberlo, dudaba que sintiera por mí estima o siquiera respeto.

El año anterior Akai había participado en una película de drama psicológico. Un papel importante. Yo la vi dos días antes de conocerlo en persona y recuerdo haber emitido una opinión negativa en internet sobre su actuación usando las palabras «incómodo» y «rígido». Desde entonces había mejorado mucho, tanto que también me conmovía con sus ojos de ensoñación. Los que me mostraba solo por un segundo. Inquieto. Como si no quisiera revelar al mundo que un hombre magnético como él estaba doblegando su compostura por alguien como yo, pero, sin poder evitarlo, lo dejaba todo al descubierto por ese único segundo que les permitiera señalar: «Sí, lo ama. Lo ama».

—Ángel, ¿tienes algo que decir sobre la opinión general de que había actores mejor preparados y más reconocidos que tú para protagonizar un proyecto tan grande?

La pregunta fue directa a mí, que me quedaba pasmado siempre que se me venía a la mente una respuesta inapropiada. Sí, por supuesto que había mejores actores que yo. ¿Qué hacemos al respecto? Si tuviera que hacer una crítica sobre mí, también me destrozaría. «Vamos, chico. Haz tu trabajo. Destrózame en vivo», pensé.

—No, no —interrumpió Akai—. No lo llames Ángel. Solo yo puedo llamarlo así. —Me sonrió. Luego volvió a ver al reportero que me había hecho la pregunta. Directo a su micrófono y cámara, dijo—: Si quieres saber por qué es el indicado para el papel, no te pierdas el segundo episodio de *Poster Boy* hoy.

Akai me dio un ligero empujón en el hombro. Uno cómplice.

Intenté ocultar mi emoción y fallé. Terminé derrochando una sonrisa para él, para todos. Él hizo lo mismo, justo a tiempo para acabar con la planificada fotografía. El lugar se llenó de flashes, todos capturaban cómo me tomaba del brazo para hacerme entrar al edificio.

El canal es el mensaje y hacer que el espectador olvide lo que ve es tan simple como darle algo nuevo para mirar. Él era nuevo para mí. Al cabo de unos minutos, cualquier otra noticia había sido sepultada por otra más vistosa como «El carisma y la novedad sonriéndose entre sí», con videos de Akai contestando la pregunta por mí, generando un mar de opiniones a cada minuto.

—Esta entrevista es importante —dijo Akai al soltarme—. Sé inevitable. No lo olvides.

Popularidad, fracaso, cancelación, errores, odio, decepción, humillación, olvido... Títeres.

No me retracto de haber dicho que Akai era un mal actor, pero haré una fe de erratas: era muy bueno para ilusionar a quien lo miraba, y lo terrible de eso era que, a ratos, entre tanta opinión sobre nosotros, me hacía querer saber su opinión sobre mí.

Me aterraba no saber si acaso pensaba, alguna vez, en mí.